



LOS MUERTOS NO TIENEN GLAMOUR

© Pablo Hernández Pérez

Estaba con los pies sobre la mesa y una revista porno en las manos cuando sonó el teléfono. Dirigí la mirada hacia el aparato, rogando a los dioses que fuese un cliente en apuros que me permitiera aliviar mi delicada situación financiera. Para no mostrar mi desesperación dejé que sonara tres veces antes de descolgarlo.

—Vicente Folgado, detective privado —dije—. Divorcios, fraudes, discreción asegurada.

—Tengo un cliente retenido en Zapadores desde el sábado —dijo Berlanga—. Necesito que dejes lo que estés haciendo y husmees urgentemente para mí.

Deslicé la revista sobre la mesa y prendí un Lucky. Fernando Berlanga era uno de los picapleitos más respetados de las altas esferas, aunque en el pasado nos pasábamos las noches en los peores antros de los bajos fondos, jugando al póker durante horas y acusándonos en broma de guardarnos cartas en la manga, lo que en mi caso era verdad.

—Debe tratarse de alguien de cierto relieve para andar con tanta prisa —dije.

—Sí, se trata de Ahmed Shafiq, el propietario del hotel Osiris. Supongo que has oído hablar de él.

—Sólo sé que es viejo, que huele raro y que está forrado hasta la médula. ¿De qué se le acusa?

—De asesinar a su novia, una modelo llamada Kelly Bermúdez.

Suspiré el humo del cigarrillo. ¿Por qué tratarían siempre de endosarme los casos más delicados?

—Lo siento, Berlanga, no tengo nada en contra de esos árabes con billetes, pero lo más probable es que Shafiq sea culpable, y en caso de que no lo sea, el

asesino puede estar ya en el Caribe, tumbado en la playa y chupando caliqueños.

—Nadie dice que tengas que pillar al asesino —contestó el abogado—. Me conformo con que pruebes la inocencia de Shafiq mientras yo trato de convencer al juez para que no decrete su ingreso en prisión provisional.

Solo por cortesía saqué la libretita del cajón de mi escritorio y tomé nota de todo. Al parecer el pasado sábado se iba a celebrar el tradicional concurso anual de belleza «Princesa del Nilo» en el hotel Osiris. El viernes por la tarde se organizó una ceremonia de presentación junto a la piscina. Se exhibió la corona de diamantes que sería entregada a la ganadora al día siguiente y se sirvió champán del caro. Las modelos concedieron entrevistas a los medios y se fotografiaron junto a los promotores. Hacia las once, Kelly se sintió indispuesta y abandonó la ceremonia, presumiblemente en dirección a la suite «Descanso del Faraón», que es la que ocupa habitualmente el millonario y propietario del hotel. Pero cuando Shafiq subió a la habitación la encontró muerta en la bañera.

—¿Cómo murió?

—Se encontraron múltiples incisiones en pecho y cabeza, sin duda hechas con un objeto punzante no identificado.

—¿Signos de violación?

—Todavía se espera el informe completo, pero parece que se han encontrado trazas de semen en la vagina.

Hice una boquilla con los labios y bufé una columna de humo. Mi olfato de detective me decía que Shafiq se había pasado de la raya con la chica y ahora necesitaba que yo le limpiara la mierda del culo.

—Folgado —continuó Berlanga—, te pido por favor que te ocupes del caso. No confío en nadie más.

Acepté, y no porque me guste la mierda, sino porque el papel higiénico era dinero en efectivo, y a mí el dinero en efectivo me venía de perlas.

Cuando colgué el teléfono abrí el cajón, saqué la pistola, la acaricié, la besé y me la metí en el bolsillo de la chupa antes de abandonar el despacho. Es mejor asumir que las cosas pueden ponerse feas antes de que ocurra realmente nada, solo para asegurarme de que no me pillan con las bragas bajadas.

El hotel Osiris era un lujoso y blanco edificio de seis pisos en primera línea de playa. Estaba construido en forma de «U» con los ángulos rectos en torno a una piscina rodeada por un jardín de flores púrpuras y palmeras de dátiles. Sobre el trampolín, una rubita con unas curvas estupendas se disponía a saltar. Caminé hacia la puerta y al llegar me detuve y contemplé la zambullida.

No estuvo mal, aunque estoy seguro de que yo lo habría hecho mejor.

Siguiendo una alfombra de bordados orientales atravesé un vestíbulo con divanes y llegué hasta la recepción, donde mostré mi licencia a una monada que se pasaba en ese momento una lima de uñas metálica por los dedos. Se trataba de una morenita de treinta y pocos, con las tetas apretadas, la cintura estrecha y las caderas redondeadas. Al verme dejó la lima en un cajón y sonrió abiertamente.

—Buenas tardes, bienvenido al hotel Osiris. ¿En qué puedo ayudarle?

Sí, era realmente atractiva, pero lo mejor era su mirada, tan penetrante como la radiación electromagnética de los rayos X, y bastante más excitante.

—Buenas tardes, monada —saludé—. Me llamo Vicente Folgado y estoy aquí por petición expresa de Fernando Berlanga, el abogado de Ahmed Shafiq, propietario de este hotel. ¿Le importa que le haga unas preguntas?

—Por supuesto que no —dijo—. En el Osiris estamos todos convencidos de la inocencia del señor Shafiq.

Pensé que eso vendría subrayado en letras doradas dentro de su contrato, pero lo dejé correr.

—De acuerdo, empecemos. ¿Conocía usted a la víctima?

—Solo de vista —contestó—. Aunque mi hermanita Tamara era amiga de Kelly. Ella también iba a participar en el concurso del sábado.

—Si se parece a usted mínimamente podría haber ganado ese concurso hasta con varicela. ¿Qué tipo de relación tenían Shafiq y Kelly?

—Salían desde hacía unas semanas. Kelly era una chica muy atractiva y el señor Shafiq es un hombre importante. No sé si me explico.

Asentí con la cabeza. Mientras la mayoría de hombres tenemos que tirar de mentiras y exageraciones para arrastrar a una mujer a la cama, los peces gordos como Shafiq solo tienen que sacar a pasear la billetera y las monadas de pasarela caen rendidas a sus pies.

—¿Estuvo usted el viernes en la fiesta de la piscina?

—Sí, acudí cuando terminé mi turno, pues como le he dicho mi hermana iba a ser una de las participantes. Si asistí fue solo por esa razón. En realidad detesto los concursos de belleza. En mi opinión una mujer no debería ser valorada únicamente por su apariencia física.

Desconocía que existieran otras razones, pero eso también me lo callé.

—¿Observó si Kelly se marchó sola de la piscina?

—Lo siento, pero no me fijé. Pasé la mayor parte del tiempo con mi hermana, y además me marché pronto también. Como le acabo de decir, no soporto ese tipo de espectáculos machistas.

En ese momento Berlanga se presentó en recepción acompañado de un tipo oscuro y agrietado, con su traje de dos mil pavos bastante arrugado y el pelo descuidado, como si acabaran de arrancarle de una pesadilla en la sala de espera de un aeropuerto.

—Me alegra mucho verte por aquí —dijo Berlanga, dándome un apretón de manos y unas palmaditas en la espalda

—Yo en cambio no esperaba verte tan pronto...

Me miró con una sonrisa.

—El Ministerio Fiscal no logró enervar la presunción de inocencia y nos dejó marcharnos —anunció—. De todas formas no podían retenerle más de setenta y dos horas en dependencias policiales. —Miró a su acompañante. Luego dijo—: Señor Shafiq, le presento a Vicente Folgado. Es el detective más astuto de la ciudad. Si hay alguien que puede sacarnos de la mierda, créame, es él.

Me tendió una mano blanda y fría.

—Es un verdadero placer, señor Folgado. Espero que el señor Berlanga no exagere sus capacidades.

—A mi lado Marlowe es solo un principiante —dije por decir algo.

El árabe me sonrió con los labios, pero no con los ojos. Después se apoyó en el mostrador y bostezó abiertamente.

—Buenos días, señor Shafiq —saludó la morenita—. Me alegra verle de vuelta otra vez.

—Gracias, Valeria. ¿Alguna novedad?

—El señor Folch ha estado aquí dos veces esta mañana. Quería saber si le habían puesto ya en libertad. Parecía preocupado.

—El señor Folch es muy considerado —dijo—. Hablaré con él cuando haya

descansado un poco y comido algo decente. —Se volvió hacia Berlanga—. Fernando, gracias otra vez. Si no fuera por ti seguiría en esa sucia celda.

—Señor Shafiq, puede que hayamos logrado una victoria temporal, pero el partido no está ni mucho menos terminado. A partir de ahora le dejo en manos de Folgado mientras yo preparo la defensa en mi despacho.

Hubo nuevos apretones de manos. Cuando el abogado se marchó, miré al árabe.

—Señor Shafiq, me gustaría visitar el escenario del crimen y hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto —dijo—, pero hagámoslo cuanto antes. No he pegado ojo en toda la noche y quiero descansar.

Para haber perdido a su novia no manifestaba ningún dolor. De todas formas eso no significaba nada porque las relaciones de los tipos como Shafiq no están basadas en los sentimientos.

Nos despedimos de Valeria y tomamos un amplio ascensor hasta el último piso del edificio, donde solo había dos habitaciones en un pasillo de mármol blanco con grandes macetones llenos de jazmines y rosas. Antes de que Shafiq introdujera la tarjeta magnética eché un vistazo a la cerradura. No parecía que hubiera sido forzada, aunque tratándose de una cerradura electrónica nunca se sabe.

—Aparte de usted y Kelly, ¿tenía alguien más acceso a esta habitación?

—Claro que no. El hotel dispone de tarjetas maestras, pero están bajo llave en recepción. Lo más probable es que el asesino entrase a la habitación junto a Kelly, o bien Kelly le abrió la puerta.

Pasamos a la habitación, que era espaciosa, luminosa y agradable, con una gran cama de madera de bambú, sofás tipo Cleopatra, sillas laqueadas en oro,

todas con un almohadón negro encima, y muebles color burdeos a la moda colonial. En el ambiente flotaba un intenso olor acre, parecido al incienso.

—Señor Shafiq, ¿a qué hora abandonó Kelly la fiesta en la piscina?

—Poco después de las once. Al parecer se encontraba agotada y subió a descansar.

—¿Cuándo subió usted a la habitación?

—Debían faltar diez o quince minutos para la media noche. Pero no la encontré aquí.

Le miré.

—Tenía entendido que la encontró muerta cuando regresó a esta habitación —dije.

—No, no exactamente. Por favor, déjeme explicárselo. Al no encontrarla aquí la telefoneé a su teléfono móvil, pero tampoco di con ella. Hacia media noche salí de la habitación y busqué a Folch. Folch es amigo mío y uno de los jueces del concurso. Conocía a Kelly y ocupa junto a su mujer la suite «El sueño de Cleopatra», que está justo al lado de esta. Me aseguró que no la había visto, pero se ofreció a ayudarme. Dijo que yo podía buscarla en el restaurante, en el bar y en la piscina, mientras él hacía lo propio en el spa y en el gimnasio. Pero ni rastro de ella.

Salimos al balcón con vistas al Mediterráneo y me dejé bañar por el sol.

—Quizá saliera del edificio —sugerí.

—No, imposible. Pregunté a Sandro, el recepcionista del turno de noche, y me aseguró que no la había visto salir. A eso de la una regresé a la suite y encontré a Folch en el pasillo. Dijo que no había encontrado a Kelly, pero que quizás hubiera vuelto a la habitación mientras la buscábamos por todo el edificio.

—¿Fue entonces cuando encontró el cuerpo?

—Sí, en la bañera. El agua se había vuelto roja, como en esa vieja profecía. Sentí que me mareaba. No podía creer que aquél rostro ensangrentado y sin expresión fuera el de mi preciosa Kelly.

—Los muertos no tienen glamour. ¿Qué ocurrió después?

—No sé por qué, pero al principio pensé en un suicidio. Después descubrí las hendiduras por todo su pecho, y hasta en la cabeza.

—¿Con qué cree que pudieron hacerse esas hendiduras?

Se encogió de hombros.

—No tengo la más ligera idea, pero la Policía sospecha de un punzón de picar hielo o algo similar.

Abandonamos el balcón y pasamos al cuarto de baño, que era amplio y estaba alicatado con azulejos de color beige ilustrados con pirámides, palmeras y mujeres desnudas vistas de perfil. La bañera, de elegante mármol negro, era redonda y enorme, con el caño de agua oculto en la boca de una pequeña Gran Esfinge tallada en la misma piedra.

Me rasqué la cabeza, reflexionando, pero sin llegar a nada concreto. De regreso a la habitación Shafiq se dejó caer pesadamente en el sofá y comenzó a aflojarse la corbata. A su lado, sobre una mesita, se hallaba una de esas revistas del corazón. En uno de los márgenes aparecía el árabe junto a Kelly en alguna playa de arenas blancas y agua transparente. La agarré y leí por encima una breve entrevista a la modelo. Decía que practicaba yoga. Color favorito: el rosa. Fruta favorita: los plátanos maduros. Le gustaban los niños, quería tener tres. También le gustaba la música y leía a Paulo Coelho.

—El reportaje es del mes pasado —señaló Shafiq, tratando de frustrar un nuevo bostezo.

Le ignoré y observé algunas de las fotografías del reportaje. La chica no era una belleza en un sentido estricto de la palabra, aunque sus tetas de goma la hubieran podido mantener a flote junto a Shafiq unos tres o cuatro años más antes de que este la cambiase por otra más joven, más tontita y más operada.

—Escuche, detective —dijo el árabe con cansancio—, si quiere podemos hablar esta noche, pero necesito acostarme un rato urgentemente, no aguento despierto ni un segundo más.

A decir verdad no se me ocurrió nada más que preguntarle, así que arrojé la revista sobre la mesa, abandoné el Descanso del Faraón y me presenté en «El sueño de Cleopatra». Antes de que yo tocara el timbre, la puerta se abrió y emergió un individuo alto y atlético, de abundante pelo rubio y ondulado, piel bronceada y ojos azules. Le mostré la licencia y le dije que estaba investigando la muerte de Kelly.

—¿Significa eso que Ahmed ha sido puesto en libertad?

—Shafiq está de vuelta, pero será mejor que no se le moleste por ahora. Le acabo de cantar una nana y duerme profundamente. ¿Es usted el señor Folch?

—Sí.

—Tengo entendido que son grandes amigos.

—Está bien informado. Nos conocimos en El Cairo, hace muchos años, cuando fui a visitar las pirámides.

—Estupendo, entonces no le importará que le haga unas pocas preguntas.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta y cruzó los tobillos.

—¿Preguntas sobre qué?

—Sobre Kelly, por supuesto.

—Lo siento, pero solo la conocía superficialmente. Para mí solo era otro de

sus ligues pasajeros.

—¿Nunca habló con ella?

—Solo una vez, cuando Shafiq nos presentó en el restaurante del hotel.

—¿De qué hablaron?

—No lo recuerdo, pero debió ser una conversación intrascendente. Shafiq la había conocido solo unas semanas antes y le había prometido un número en el concurso. La chica estaba muy entusiasmada, porque ella no era una modelo profesional.

—Shafiq ha mencionado que usted era miembro del jurado. ¿Cree que tenía posibilidades de ganar ese concurso?

—He sido jurado los últimos seis años, y para serle sincero no creo que pudiera ganar. —Se encogió de hombros. Luego añadió—: De todas formas, tratándose de un jurado tan pequeño, nunca se sabe.

—¿Quiénes eran los otros miembros del jurado?

—Además de mí, el propio Shafiq y Ricardo Bosque, un escritor de Zaragoza. Tenía que llegar el mismo sábado para el concurso, pero después de los desgraciados hechos canceló el viaje.

Pensé que Shafiq no había mencionado nada con relación a su papel como miembro del jurado. Aunque por otro lado es natural. Si yo fuera jurado y una de las monadas fuera mi novia, también trataría de llevar el asunto con discreción para evitar suspicacias.

—¿Observó algo raro durante la fiesta en la piscina?

—No, nada. Todo trascurrió con absoluta normalidad. Shafiq pronunció unas palabras, presentó a las chicas y bebimos champán. Desgraciadamente tuve que abandonar la fiesta enseguida.

—¿Por qué razón?

—Mi mujer no se encontraba bien esa noche y estaba en cama. Subí para verla y hacerle compañía.

—Hombres como usted ya no quedan —comenté—. ¿A qué hora abandonó la fiesta?

—Alrededor de las once. Puede que un poco antes.

—Y luego ayudó a Shafiq buscar a la chica por el hotel.

—Sí, sobre media noche se presentó en mi habitación. Estaba algo alterado y quería saber si había visto a Kelly. Le dije que no la había visto, y fuimos a buscarla por todo el edificio. Pero no la encontramos. Poco antes de la una regresamos a su habitación, por si hubiera regresado durante su ausencia, y Shafiq descubrió el cuerpo en la bañera.

Una mujer bajita, delgada y morena, de ojos feos, apareció detrás de Folch. Debía rondar los cincuenta y era evidente que jamás ganaría un concurso de belleza del tipo Miss Internacional. Ni siquiera un Miss Camarera. Quizá un Miss Cocinera, aunque no apostaría ni medio cigarrillo a que eso pudiera ocurrir.

Me miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre, Óscar? ¿Quién es este hombre?

—Este hombre es detective, mi amor. Está investigando la muerte de esa chica, Kelly.

Dio un paso al frente.

—Espero que descubra la identidad del asesino lo más pronto posible. —Las palabras sonaron raras, aunque quizás solo eran imaginaciones mías—. Escuche, ¿por qué no entra y toma un trago?

Folch miró a su esposa con gesto furtivo.

—Basta, Marta. Seguro que el señor Folgado tiene mucho trabajo y no desea que le molesten.

Sin duda era Folch quien no deseaba ser molestado.

—Al contrario —dije—. Me gustaría hablar con todas las personas que conocieron a Kelly.

La mujer se llevó una mano al pecho.

—Oh, lo siento mucho —dijo—, pero no coincidí con esa chica nunca. Lo único que sé de ella es por un reportaje que publicó una revista el mes pasado. La tengo aquí, si quiere se la puedo prestar.

—La he leído ya, pero de todas formas gracias por la oferta, quizá regrese más tarde a tomar esa copa.

Nos despedimos y después atravesé el pasillo en dirección a los ascensores. En recepción encontré de nuevo a Valeria limándose las uñas mientras hablaba por teléfono, aunque no parecía un asunto laboral, porque al verme se despidió sin formalismos y colgó el aparato.

—¿Ha logrado averiguar algo, señor Folgado?

—No sabría decirle —dije—. Un detective es como un arqueólogo, encuentra restos de cerámica por ahí, los recoge, los observa, pero es difícil saber si van a encajar.

—Pero usted no cree que el señor Shafiq sea culpable, ¿verdad? Cuando la Policía lo detuvo todos temimos lo peor.

—Lo peor corrió a cuenta de Kelly. A propósito, usted conoce bien a Óscar Folch, ¿verdad?

—Sí, lo conozco. Es un gran amigo del señor Shafiq. Todos los años, durante

el concurso anual de belleza, ocupa una de las suites del último piso. Tendría que haberse marchado ayer lunes, pero después de lo sucedido optó por quedarse y apoyar a su amigo.

—No le cae bien —observé.

Dilató la nariz.

—¿Por qué dice eso?

—Olfato de detective. ¿Por qué no le cae bien?

—No me gustan los hombres que viven a costa de las mujeres.

Suspiré. Sin duda estaba ante una de esas feministas recalcitrantes. Primero no aprobaba que a las mujeres se las valorase únicamente por su apariencia física, y ahora le disgustaba que los hombres vivieran a costa de ellas. ¿Qué vendría después? ¿Esclavizar a los hombres?

La miré.

—¿Qué insinúa, Valeria?

—No insinúo nada, se lo estoy diciendo. Él nunca tuvo dinero, mientras que ella es heredera de una valiosa fortuna.

Pensé que eso explicaba que un Adonis como Folch permaneciese al lado de una gárgola como Marta.

—Pero no le cae mal solo pero eso...

—Es verdad —dijo, y echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie la oía. Luego añadió—: Escuche, le voy a contar algo. El viernes por la tarde, antes de la fiesta de la piscina, mi hermana Tamara estaba ahí mismo donde está usted ahora. Entonces el señor Folch llegó alegremente, le susurró unas palabras al oído y se marchó. Mi hermana se sobresaltó mucho. Le pregunté qué era lo que le había dicho, y aunque no quiso entrar en detalles, dijo que

Folch era un cerdo baboso y que su mujer era una ingenua completa.

—Quizá era de ingenuidad de lo que enfermó el viernes. ¿Dónde puedo encontrar a su hermana Tamara? Me gustaría hablar con ella.

—¿Por qué?

—Era amiga de Kelly y también iba a participar en el concurso. A lo mejor puede contarme algo.

—No quiero que mi hermana se mezcle en todo esto. Ya está demasiado traumatizada con la muerte de Kelly.

—¿Era Tamara la persona con la que hablaba por teléfono hace dos minutos?

—Sí, trataba de tranquilizarla. Como le acabo de decir está muy nerviosa desde la muerte de su amiga.

—Escuche, no haría ni diría nada que pudiera perjudicar a su hermana —mentí—. Créame, tengo experiencia en estos casos.

Me miró larga y pensativamente, curvando el labio inferior. Luego arrancó una hoja de una libreta y escribió una dirección.

—De acuerdo —me dijo entregándome el papel—. Pero no sea brusco con ella, es una mujercita muy sensible.

Me guardé el papel en un bolsillo de la chupa y sonréí.

—Le prometo que no lo seré. A propósito, ¿a qué hora termina su jornada laboral?

Percibí como me estudiaba de repente, tratando de leer mis intenciones dentro de mis ojos.

—¿Forma eso parte de su investigación?

—No, pero me está siendo usted de mucha ayuda y a modo de compensación me gustaría invitarla a salir cuando todo esto acabe. ¿Qué tal una cena

romántica en mi despacho? Tengo películas de Jackie Chan y pizza en el congelador.

Hizo morritos con la boca, demostrando no experimentar un placer especial con mi ofrecimiento.

—Mi turno acaba a las nueve —indicó—, pero olvídense de salir conmigo. Después de lo sucedido con Kelly no tengo el cuerpo para diversiones de ese tipo.

Me encogí de hombros con decepción, pero no me desanimé. Sin duda era de ese tipo de mujeres a las que les gustaba fingir resistencia. Al final era solo cuestión de tiempo que se rindiera, como todas.

Puede que Tamara estuviera acostumbrada a desenvolverse con gran soltura y glamour en hoteles de lujo y selectas salas de fiesta, pero el nido lo tenía en los Pueblos Marítimos, el sucio y decadente barrio donde precisamente yo me había criado.

Estacioné el Porsche y luego me trasladé a pie, esquivando pelotas, carteristas y mierdas de perro, por una calle decorada con grafitis que hubieran avergonzado a la mismísima Lucía Lapiedra.

Sí, era un barrio sucio y decadente, pero cuando uno nace y se educa en él, se convierte en parte de uno mismo, como la piel o los intestinos.

En el portal al que me dirigía había algunos carritos de bebé, como suele suceder en casi todos los viejos edificios que carecen de ascensor. Subí por las escaleras y al llegar a la puerta golpeé la chapa de madera, pero no hubo respuesta inmediata. Al cabo de un rato percibí pasos y el ruido de una cadena de seguridad al ser colocada. Luego la puerta se entreabrió y una rubita me

miró de arriba a abajo. No tendría más de dieciocho o diecinueve años, pero todos bastante sensuales y provocativos.

Le mostré la licencia expedida por el Ministerio del Interior.

—Me llamo Vicente Folgado y soy detective —dijo—. Hablé con su hermana hace menos de media hora. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto, pase.

Retiró la cadena, abrió la puerta y se echó a un lado para dejarme pasar. Se trataba de una versión más joven y provocadora de Valeria. Su estrecho vestido rojo se pegaba a su cuerpo como una capa de esmalte, mostrando su espalda y la larga línea curva de su columna descendiendo hasta la cintura.

—Disculpe, pero vivo en un barrio bastante inseguro y no conviene abrir la puerta a cualquiera. Mi hermana me ha telefoneado para advertirme de su llegada. Por favor, siéntese.

Eché un vistazo al salón, que en realidad era una habitación larga con una pequeña cocina incrustada en la pared. La estancia contaba con un sillón y un sofá. Esperanzado, escogí el sofá, pero la cabrona escogió el sillón.

—Valeria me ha dicho que está investigando la muerte de Kelly —prosiguió—. ¿Qué tipo de preguntas quiere hacerme?

—De todo tipo —dijo—. Segundo parece usted la conocía bien.

—Sí, trabajamos juntas en algunas discotecas hace años. Primero como camareras, después como gogós. Luego yo entré en el sector de las pasarelas y ella se estancó un poco, aunque cuando conoció al señor Shafiq su vida cambió radicalmente.

Asentí con la cabeza.

—Supongo que morirse supone un cambio bastante radical —dijo—. ¿Se llevaban bien Shafiq y Kelly?

—Creo que sí. Hacían una pareja estupenda.

Observé que su vestido rojo se le había subido un poco, mostrando la parte superior de las medias. Al percatarse de esto, se lo estiró y se lo bajó, pero para entonces yo ya había visto y memorizado todo lo largo de sus piernas largas y excitantes.

—¿Ella le amaba?

—Supongo que sí. A su manera, al menos.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, él tiene casi sesenta, y ella aun no había cumplido los veinte. Ya me entiende.

Por supuesto que la entendía. Ella estaba enamorada, pero no de él, sino de las posibilidades que le ofrecía un hombre de su posición social, como por ejemplo bolsos Louis Vuitton, apartamentos en primera línea de playa o la oportunidad de participar en el popular concurso anual de belleza Princesa del Nilo.

—¿Sabe si Kelly tenía algún amigo especial?

—No lo sé...

La forma impersonal de negarlo me decía que mentía.

—Usted le dijo a su hermana que la mujer de Folch era una cornuda. ¿Estaba Kelly liada con el señor Folch?

—Eso tampoco lo sé...

—Sin embargo cuando Folch abandonó la fiesta de la piscina Kelly corrió detrás de él —afirmé al azar.

Su rostro estaba ahora pálido a pesar de la película de maquillaje.

—Puede ser... —admitió con cautela.

—¿A dónde fueron? —escarbé.

—No tengo ni idea...

—Dígamelo, Tamara.

—No debería haber venido.

—¿Por qué le dijo a su hermana que Folch era un cerdo baboso?

Al formular la pregunta se puso en pie de golpe y me dejó ver su espalda desnuda. Había un paquete de Marlboro Light sobre la mesa. Cogió un cigarrillo, lo prendió y expelió una bocanada de humo con gran disgusto.

—Quiero que se marche —dijo.

Me puse en pie yo también, la agarré de la cintura y la volví en mi dirección.

Su cutis era un anuncio de Nivea Visage.

—Vamos, monada, desahóguese conmigo. ¿Por qué protege a Folch?

—No le protejo. Me protejo a mí misma.

—¿Qué quiere decir?

Radiantes círculos de color rojo quemaron sus pómulos.

—Folch quiso venderme su voto en el concurso —soltó.

—¿A cambio de dinero?

—A cambio de mi cuerpo —punteó, y en seguida se mordió el labio inferior como si quisiera dar marcha atrás a lo que acababa de decir.

—¿Por eso le llamó cerdo baboso?

Asintió tímidamente.

—¿Por qué no se lo dijo a Shafiq? —inquirí.

—No me habría creído, sería mi palabra contra la de su amigo. Aquello podría haber arruinado mi carrera de modelo.

—Entonces usted lo rechazó y Folch decidió intentarlo con Kelly. ¿No es cierto?

Se encogió de hombros.

—Tal vez, aunque Kelly era una chica muy atractiva. No necesitaba vender su cuerpo para triunfar en las pasarelas.

La miré.

—Vi a Kelly en una revista hace un rato y debo confesar que es usted cien veces más hermosa —le dije.

Levantó una de sus cejas perfectamente depiladas.

—No habla en serio.

Lo dije en serio, aunque no por sinceridad, sino porque la adulación constituye uno de los más viejos y eficientes trucos que los hombres utilizamos para seducir a las mujeres como Tamara.

—Por supuesto que hablo en serio —dije, y a continuación le quité el Marlboro de los dedos, le di una calada y lo hundí en el cenicero. Luego la tomé de la barbilla y la besé en la boca. Ella no dijo ni pio. Parecía completamente abstraída por el asunto que me había llevado hasta allí.

—Por favor, señor Folgado —me suplicó—, no diga a nadie nada de lo que le he contado, y menos al señor Shafiq. Podría significar el fin de mi carrera.

—Ya ha sido el fin de la carrera de Kelly.

—Prométamelo, ¿de acuerdo?

—Lo siento, nena, pero no prometo nada —dije, y era verdad. La información que acababa de revelarme era crucial y debía ser utilizada en defensa de mi cliente.

—Se lo digo en serio —insistió—. Por favor, no se lo cuente al señor Shafiq.

—Mi deber es con mi cliente, no con usted —le dije. Luego hice una pausa para observarla mejor. Su cuerpo era de escándalo. Un escultor griego podría haberla empleado como modelo para una Afrodita. Añadí—: Aunque si me ofreciera algo imposible de rechazar...

Ella frunció el ceño, sospechando de mis intenciones.

—¿A qué se refiere?

—No se haga la ingenua, caramelito. Cada uno de nosotros desea una cosa del otro. Es solo cuestión de sellar el trato.

Me arreó un bofetón con tanta violencia que probablemente lo escucharon en el Vaticano. Supongo que ser víctima de dos sobornos en apenas tres días había alimentado una especie de odio irracional hacia los hombres.

Le di la espalda y abandoné el apartamento tranquilamente.

Mientras bajaba las escaleras escuché que me llamaba «maldito detective hijo de puta». Al llegar a la calle prendí un Lucky con mi Flammarion de oro sólido y bufé una nube de humo gris.

No era lo más grave que me habían llamado.

Encontré a Shafiq en la barra del restaurante del hotel. A su lado había un cenicero a punto de desbordarse, además de un vaso con hielo y una botella Royal Stag. Se supone que no puedes fumar dentro del hotel, salvo que seas el propietario, en cuyo caso puedes cagarte en los ascensores y mearte en las macetas con completa impunidad.

Tomé asiento a su lado y pedí un Doble V al camarero.

—Escuché que había abandonado el hotel —dijo Shafiq.

—El curso de la investigación me obligó a hacerlo. ¿Le parece mal?

—En estos momentos todo me parece mal. Su amigo Berlanga me acaba de telefonear y no me asegura que el juez no vaya a decretar prisión preventiva en las próximas horas. Solo espero que haya empezado usted a ganarse el dinero que le pago.

El camarero posó una copa con dos hielos sobre la barra y después escanció el whisky.

—De momento me he ganado este trago —dijo, sorbiendo el brebaje—. ¿Sabía que Folch estaba interesado en Kelly?

Sus ojos oscuros me miraron como si le acabara de preguntar por el periodo orbital de Venus

—¿Qué insinúa?

—No insinúo nada, señor Shafiq. Folch llegó a un acuerdo con ella.

—No le entiendo.

—Su voto a cambio de favores sexuales.

—Está usted loco —me dijo mientras sacudía la cabeza dando a entender que era completamente absurdo—. Folch es amigo mío. Lo conozco bien y nunca me la jugaría.

No dije nada. Prefería sorber el licor.

—Además —continuó el árabe—, un voto no sería suficiente para coronar a Kelly.

—Sí que lo sería —afirmé—. Kelly era su chica y es evidente que votaría por ella. En un jurado de tres personas, eso hace el sesenta y seis por cien de los votos.

—Para el carro, detective. ¿Cree que la votaría solo porque era mi novia?

Sonreí.

—Ella no esperaría otra cosa de usted. Si piensa lo contrario es que no sabe nada de las mujeres.

Agarró su copa y saboreó despacio el licor antes de tragárselo. Sin duda le había dado mucho en lo que pensar.

—En realidad no es descabellado lo que dice —dijo sin apartar la mirada de la copa casi vacía—. Folch tiene un pasado oscuro. Casi nadie lo sabe, pero hace años lo encerraron dos días en un calabozo por violencia doméstica.

—¿Maltrató a su mujer?

Asintió con la cabeza.

—Pero ella retiró la denuncia —dijo—. Según me confesó, porque le amaba con locura y no se sentía capaz de separarse de él.

—¿Qué dijo Folch?

—Negó haberla golpeado, desde luego.

—¿Y qué cree usted?

—Siempre he considerado que Marta es una mujer histérica y capaz de inventarse esa historia de los malos tratos en un arrebato de celos, pero ahora no sé qué pensar. —Apartó la mirada de su copa y me miró directamente a los ojos. Su expresión era severa. Agregó—: ¿Usted cree sinceramente que Folch asesinó a Kelly?

—Es lo que estoy tratando de averiguar. ¿Durante cuánto tiempo perdió de vista a Folch mientras buscaba a Kelly?

—No estoy seguro. Media hora. Quizá más.

—Tuvo tiempo de sobra para consumar el asesinato.

—¿Pero por qué lo haría?

Me encogí de hombros.

—Quizá Kelly se arrepintió en el último momento y le amenazó con confesarle a usted o a su mujer el asunto del soborno. Dígame una cosa, ¿percibió algo extraño en Folch la noche del viernes?

Cogió la botella y se echó más whisky en el vaso.

—Ahora que lo dice, Folch se comportó de manera extraña cuando descubrí el cuerpo de Kelly en la bañera. Salió un momento de la habitación para hacer una llamada.

—¿A la Policía?

—No, a la Policía ya había telefoneado yo un minuto antes. —Arrugó el ceño—. ¿A quién cree usted que llamaría?

—No lo sé. ¿Vio usted a la esposa de Folch cuando se presentó en su habitación?

—No, al parecer estaba durmiendo. —Me miró—. Espere un momento, ¿en qué está pensando?

No contesté. Una sensación acababa de nacer en mi estómago y me quemaba por dentro. Llamé al camarero y pedí que me pusiera un cubito de hielo en la copa para aliviarlo. Luego apuré el whisky de un trago y me puse en pie.

—Se lo diré más tarde —dije—. Todavía tengo que hacer algunas comprobaciones.

—¿A dónde va?

—A sacarle de la mierda en la que está metido.

Me presenté en la habitación de Folch y golpeé la puerta. Abrió la gárgola.

Vestía de negro y, alrededor del cuello, lucía un collar de perlas. A pesar del empeño que ponía en parecerlo, no era una mujer atractiva, ni siquiera tomando como parámetros los cánones de belleza del paleolítico. Pensé que debía estar muy forrada para que un tipo como Folch no la hubiera devuelto de una patada a la cueva de la que debió escaparse.

—Buenas noches, señor Folgado. ¿Qué le trae de nuevo por aquí?

—He venido en busca de respuestas.

—Oh, desde luego, pero mi marido está duchándose. El señor Shafiq nos espera en el restaurante de la piscina para cenar.

—No es necesario que esté presente su marido. Es con usted con quien quiero hablar.

—¿Conmigo? —Parecía sorprendida—. Ciertamente, no sé qué podría decirle que pudiera resultarle de interés...

—Puede empezar diciéndome por qué no acudió a la fiesta de la piscina.

—Verá, no me encontraba bien...

—Usted y su marido discutieron —afirmé.

Se cruzó de brazos y proyectó una cara de disgusto.

—Eh, aguarde un momento, señor detective. ¿A dónde quiere ir a parar?

—No lo sé todavía. ¿A dónde fue a parar usted? Porque lo que es seguro es que no estaba aquí esa noche.

Su rostro blanco se ensombreció de repente, como una nube gris sobrevolando una playa en agosto.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Eso es irrelevante ahora. Lo importante es que sabía que su marido le había echado el ojo a Kelly. Por eso discutió con él y abandonó el hotel.

—¡Mi marido no es esa clase de hombre! —exclamó.

—¿Tampoco es de los que pega a las mujeres?

Las lágrimas inundaron sus ojos, pero sin ocultar completamente la angustia del recuerdo que yacía dentro de ellos. Estaba a punto de derrumbarse y solo había necesitado dos minutos.

Consulté mi reloj y suspiré. Cinco segundos antes y habría batido mi récord personal.

—¿Por qué abandonó a su marido la noche de la fiesta en la piscina? —insistí.

—No debería contar estas cosas de mi marido, pero supongo que él se lo ha buscado. Me marché porque descubrí a Óscar tonteando por teléfono con otra mujer. Fue la gota que colmó el vaso.

—¿Esa mujer era Kelly?

—No lo sé. Óscar tiene la habilidad de conseguir que todas las mujeres caigan rendidas a sus pies.

—Usted también estaba rendida a sus pies. ¿Por eso regresó al hotel?

—Sí, reconozco que estoy loca por él. Cuando me telefoneó la noche del asesinato de esa chica, estaba muy nervioso. Dijo que me necesitaba más que nunca. Que me quería. Pero que no debía decir a nadie que le había abandonado. —Se encogió de hombros—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Es mi marido.

—Así que le perdonó, igual que le perdonó los malos tratos. ¿A qué hora regresó?

—A eso de la una y cuarto.

—Poco antes Shafiq y su marido habían encontrado el cuerpo de Kelly en la bañera... —señalé.

—Sé lo que está pensando, pero él no la mató. Estaba con el señor Shafiq ayudando a encontrar a Kelly.

—El amor la ciega.

—¡No, no lo hizo! Puede que como marido tenga sus defectos, pero no es un asesino.

—Claro que no soy un asesino. ¿Qué está pasando aquí, querida?

Folch apareció por la puerta con una toallita de ducha enrollada en la cintura, mostrando su torso de levantador de pesas. Sin duda era un personaje hecho a la medida de las fantasías femeninas.

—Este detective ha dicho cosas muy feas sobre ti, Óscar.

—¿Qué cosas?

—Olvídalos, mi amor. No tenemos por qué aguantar más impertinencias. Vístete y bajemos al restaurante. Shafiq nos está esperando.

Dio un paso en mi dirección. Su boca se había reducido a una línea.

—No, antes quiero saber qué ha dicho.

—Creo que usted y Kelly llegaron a un trato —señalé tranquilamente—. Creo que vendió su voto a la chica por un poco de su carne. Creo que durante la fiesta de la piscina quiso cobrar su parte y algo salió mal.

Sonrió, pero tras la sonrisa me pareció ver las huellas de la tensión acumulada. Estaba a punto de decir algo, pero se contuvo en el último momento.

Marta posó la mano sobre el hombro de su marido.

—¿No lo niegas, querido?

—Yo no la maté —aseguró—. Lo juro por Dios. Reconozco que Kelly se reunió conmigo en esta habitación después de la fiesta de la piscina, pero no

la maté. —Hizo una pausa, y a continuación miró a la su esposa y añadió—: Lo siento, Marta, de todas formas pronto se conocerán los resultados de la autopsia y es mejor que sepas que mi ADN está en el semen de su vagina.

El rostro de Marta adoptó de repente el color del cemento mojado.

—¿Qué has dicho, Óscar?

—Lo siento, querida, pero es la verdad. Tú te habías marchado, me sentía abandonado. Me comporté como un cerdo, lo admito.

—¡Maldito cabrón! —exclamó ella, golpeando los puños contra los pectorales de gimnasio de Folch—. ¡Hubiese preferido casarme con un traficante de drogas!

—Insúltame, Marta. Pégame. Me lo merezco.

—¿Lo hicisteis sobre la misma cama en la que he dormido todos estos días?

—No, cariño, nunca se me habría ocurrido humillarte así. Fue sobre el sofá.

—Hijo de puta, solo me hiciste venir para salvar tu miserable culo. ¡Cabrón! ¡Adúltero! ¡Asesino!

Mientras ella le insultaba, la cabeza de Folch se inclinaba de un lado a otro, como si su cuerpo estuviera atado a una silla y las palabras fueran dardos que le arrojaban sobre su rostro de Adonis.

—Perdóname, Marta, yo no la maté, te lo juro. Solo estuvimos juntos quince minutos, a lo mejor veinte. No volverá a pasar nunca más, créeme.

Parecía bastante conmovido, aunque eso no significa nada. A base de mentir constantemente, los adulteros hemos desarrollado una especie de don de la teatralidad que nos hace parecer sinceros y convincentes todo el tiempo.

Me interpuse entre los dos.

—Basta de tonterías —dije—. El asunto todavía no está aclarado. —Miré a

Folch—. ¿Qué ocurrió después?

Marta se llevó las manos al rostro.

—No quiero escuchar los detalles —suplicó casi llorando.

—Pero yo sí quiero —exigí.

—El señor Shafiq golpeó la puerta —explicó Folch—. Eyaculé rápidamente y le pedí a Kelly que se escondiese antes de abrir. Shafiq dijo que su chica había desaparecido y quería que le ayudase a encontrarla.

—Y usted se ofreció a ayudarle para alejar a Shafiq de la habitación.

—Sí, Kelly estaba oculta en el armario. Cuando nos marchamos debió regresar a su habitación y alguien la mató.

—¿Qué ocurrió cuando encontraron el cuerpo de Kelly?

—Shafiq llamó a la Policía.

—Y usted a su mujer.

—Sí, claro. Necesitaba que Marta volviera a mi lado. Si se llegaba a saber que se había marchado, todas las sospechas recaerían sobre mí.

Me volví hacia la mujer. Mi cerebro trabajaba a toda presión, entretejiendo toda clase de teorías.

—¿Ha dicho antes que regresó al hotel a eso de la una y cuarto de la madrugada?

—Sí, tomé un taxi desde nuestro apartamento del centro.

—¿Tiene testigos de eso?

Me miró desconcertada.

—¿Qué insinúa?

—No sé, quizá usted regresó antes de la hora que dice, pongamos entre las

once y media y las doce menos diez, para arreglarlo con su marido. Se acercó a la puerta y mientras buscaba en su bolso la llave magnética escuchó que Óscar estaba con otra mujer. Supongo que eso la molestaría mucho. Tal vez hasta el punto de desear la muerte de Kelly.

—¡Eso es absurdo! Nunca haría daño a nadie.

—No existe animal más letal que una mujer despechada.

—No puede probar nada...

En eso llevaba razón. Me volví hacia Folch y me rasqué la cabeza. Tenía algo oculto en la mente, algo que estaba ahí, esperando a ser descubierto, pero era como atrapar una pastilla de jabón con las manos mojadas.

—Escuche, Folch, su mujer ha dicho que le sorprendió tonteando por teléfono con otra mujer. ¿Quién era?

Me mostró las palmas de la mano.

—¿Qué importa eso ahora?

—La llamada habrá quedado registrada. Si era Kelly pronto lo sabrá la Policía. Confiese, Folch, ¿quién era?

—Valeria, esa chica de la recepción —dijo, incómodo—. Creo que está enamorada de mí.

Una idea sutil se instaló de repente en mi cabeza. La mujer miró a su marido.

Parecía al borde del colapso.

—¿También te follaste a esa chica...?

—Lo siento, Marta, solo nos acostamos una vez. Luego le dije que no la quería ver más.

La idea sutil se propagó y avivó como el fuego sobre un charco de gasolina. Mientras, la mujer seguía con la mirada clavada en su marido. Un vaso

sanguíneo latía con fuerza en su ojo izquierdo.

—Así que todas esas llamadas a cualquier hora las hacía ella...

—Sí, querida, le dije que no llamara, que estaba casado, pero Valeria es una mujer muy terca.

Observé atentamente a Folch, centrándome especialmente en su abundante pelo rubio y ondulado, su piel bronceada y su torso musculado. Sí, era un auténtico machito alfa por el que se dejaría dominar incluso la feminista más recalcitrante.

Consulté el reloj y descubrí que pasaban dos minutos de las nueve, lo que significaba que debía darme prisa antes de que abandonara el hotel.

Me despedí del matrimonio —o de lo que quedaba de él— y eché a correr por el pasillo en dirección a las escaleras. Un minuto después me presenté en recepción, pero encontré a Sandro, el conserje del turno de noche.

—¿Dónde está Valeria?

—Se acaba de marchar ahora mismo, señor. Su turno acabó hace tres minutos.

Corré en dirección a la puerta y la pesqué de la muñeca cuando se disponía a abandonar el edificio. Al verme, un apagado rubor ascendió por su cuello y se instaló en su rostro.

—No tan deprisa, monada. Lo sé todo.

—¿A qué se refiere?

—El viernes no abandonó la fiesta de la piscina porque repudiara los concursos de belleza. ¿Me equivoco?

No pestañeó, pero su cara envejeció súbitamente y se puso gris. A nuestro alrededor, hombres y mujeres sentados sobre los divanes seguían la escena con interés.

—No se equivoca —dijo.

—Usted está enamorada de Folch, pero él la rechazó.

—Me prometió que iba a abandonar a su mujer, pero me engañó, solo quería mi cuerpo, mi mente no le importaba lo más mínimo.

—Y cuando lo vio abandonar la fiesta casi al mismo tiempo que Kelly sufrió un ataque de celos.

—Es verdad —admitió con pesar—. Yo había visto a Marta abandonar el hotel esa tarde con una maleta. Creí que por fin había puesto fin a su matrimonio para estar conmigo, pero me equivoqué. Como le conté antes, trató de ligar con mi hermana en mis propias narices, y luego, en la fiesta, me evitó todo el tiempo y solo parecía tener ojos para Kelly.

—Debió ser un golpe muy duro para usted, Kelly no solo le había arrebatado al hombre que amaba, ella representaba todos los valores que usted desprecia.

—Sí, una poderosa sensación de rabia e impotencia se apoderó de mi cuerpo. No pude aguantarlo, abandoné la fiesta y al pasar por la recepción descubrí que mi compañero del turno de noche había abandonado el puesto momentáneamente. Yo tenía una llave de la caja donde se encontraban todas las tarjetas maestras. Crucé la puerta, abrí la caja y me apoderé de una.

—Y con ella en su poder se coló en la habitación de Kelly.

—Sí, entré en la habitación y esperé oculta a que regresara de la habitación de Óscar. El señor Shafiq era el anfitrión y sabía que no volvería hasta que se hubiera marchado el último de los invitados.

—Y cuando Kelly regresó la mató...

—Sí, fue más fácil de lo que pensé. Se desnudó y se metió en la bañera. Estaba indefensa.

—... a sangre fría —señalé.

—Sí, pero no me arrepiento, solo maté un trozo de carne. Kelly no tenía nada en la cabeza.

Miré su rostro pálido y tenso.

—¿Le dirá a la Policía todo lo que acaba de decirme?

—No tengo miedo a la cárcel —dijo.

—No es un sitio agradable.

—Me da igual. ¿Puedo fumar un cigarrillo? Supongo que como condenada tengo derecho a una última voluntad.

Asentí con la cabeza. Todo había acabado. Valeria metió la mano en el bolso que sostenía colgado del hombro y agarró su lima de uñas. Era una lima larga y gruesa, con mango de madera.

—¡Eh, un momento, muñeca! ¿Qué pretende hacer con eso?

No contestó. Con la lima en la mano intentó trazar un arco que acabase en mi corazón, pero estuve rápido y escapé por milímetros de la trayectoria del filo. Creí que volvería a intentarlo, pero me equivoqué. Se volvió la lima contra ella misma y la hundió dos veces seguidas en su cabeza. El sonido fue asqueroso, como trinchar un pollo. Instintivamente le arreé un manotazo y la lima rebotó en el suelo con estrépito. Muy profesional, pero no sirvió de nada. La lima le dañó el cerebro y su cuerpo cayó al suelo como un simple trozo de carne sin vida.

Por supuesto se produjo un gran ajetreo a mi alrededor. Me agaché junto a Valeria y la examiné. La sangre brotaba lentamente de su cabeza como un caldo espeso, pero todavía respiraba. Mientras, un tipo que dijo ser médico me apartó a un lado y le enrolló la cabeza con una toalla.

En medio de una multitud de curiosos, alguien posó su mano en mi hombro.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó el árabe.

—Mis sospechas se confirmaron —dije—. Folch se tiraba a Kelly, y Valeria estaba locamente enamorada de Folch. —Hice una pausa para que asimilara lo que acababa de decir. Luego añadí—: Supongo que entiende que lo de «locamente» no lo expreso en sentido figurado.

—Conozco a Valeria desde hace mucho tiempo y sé que no es la clase de mujer que perdería la cabeza por un hombre.

—Es verdad, pero Folch no es un hombre cualquiera, sino un Adonis de pelo rizado y músculos de concurso, capaz de seducir incluso a las feministas más radicales como Valeria.

Le di la espalda, saqué despacio un Lucky y me lo encajé en un lado de la boca. En el suelo vi la lima que Valeria había utilizado para autolesionarse. ¿Cómo había estado tan ciego? Sin duda era el arma con la que dio pasaporte a Kelly en la bañera.

Salí a la piscina, prendí el Lucky y bufé una columna de humo hacia un cielo negro, salpicado por un enjambre de estrellas palpitantes.

El resto de la semana fue intenso. Berlanga me acompañó a la Policía, dónde fui cosido a preguntas durante dos días, y también tuve que declarar ante el juez. El viernes visité a Valeria en el hospital, pero no me dejaron verla. Según me contó una enfermera, las lesiones en el cerebro no lograron matarla, pero sí dejaron secuelas psicológicas importantes.

En total se chupó cuatro años en un sanatorio para retrasados mentales, aunque al menos evitó la cárcel.

Casi me había olvidado de ella cuando un día, varios años más tarde, la encontré por casualidad sentada en una parada de autobús de Ruzafa. Sus ojos

habían perdido todo rastro de inteligencia, pero su cuerpo seguía desprendiendo tanta energía sexual que mareaba.

Me acerqué con cautela, preguntándome si todavía me odiaría por mi implicación en su actual estado de salud, y traté de camelármela de nuevo. A modo de respuesta esbozó una de esas sonrisitas prometedoras que hacen que hasta los maricas duden de sus inclinaciones sexuales, y luego me dijo torpemente que no le gustaba la pizza congelada ni las películas de Jackie Chan, pero que de todas formas aceptaba la cita romántica en mi despacho.

Sonréí con satisfacción no disimulada. Como dije una vez, era solo cuestión de tiempo que acabara rindiéndose.

Pablo Hernández Pérez (Valencia, 1978), cursó estudios en el Gremio Patronal de Joyeros de Valencia. Fue probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le llevó a tramar primero y a perpetrar después sus primeros relatos de género negro. Desde entonces ha obtenido diversos premios, entre los que destacan «La cita de Laura», primer premio Expresa Relatos en 2003, «El hombre más fuerte del mundo», primer premio Mimosa: Homenaje a la Novela Negra en 2012, o «Gordo», segundo premio del II Concurso de Relato Negro Fiat Lux en 2015. También ha colaborado en algunas antologías de género negro, suspense y ciencia ficción, con relatos como «Adulterio en primer grado», «Criaturas peligrosas» o «Un paso hacia el amor». Aunque ha amenazado con escribir algún día una novela, actualmente trabaja en una antología de relatos protagonizados por Vicente Folgado, el detective privado más duro, violento y cínico de Valencia, según han podido testificar los lectores habituales de revistas como Calibre .38 o MoonMagazine.